

de vivir y para poder arriesgar, en cada paso, la vida. Complacerse con la vida; jugar con ella; he aquí lo que ha hecho el español. Así lo ha comprendido Miguel de Unamuno cuando ha afirmado: "Ser español es ser irreflexivo y tener unas ganas inmensas de vivir".

Ningún pueblo ha afirmado la vida con tanta vehemencia como España. La ha aceptado sin reticencias, como es, con todas sus consecuencias, alegres o dolorosas. Y porque tanto le importa la vida, sabe renunciar a ella; sabe matar y sabe morir cuando la vida no se doblga a su férrea voluntad. Quien ama la vida acepta la muerte.

Tal es la manera como el habitante de Castilla respondió al llamado del desierto: con la afirmación de la vida.

Tan enérgica voluntad de vivir condujo a España a una doble posición; aceptó la vida eterna, y fue mística; aceptó la vida terrena, y fue realista. España fue mística y realista porque quiso vivir en plenitud. Y desde entonces, desde su alborada, ha vivido España en perpetua oscilación, entre el misticismo y el realismo. Tales son los dos polos de su alma, las dos riberas que marcan el cauce de su destino.

La oposición tradicional entre Don Quijote y Sancho Panza no es otra que la que acabo de señalar. Don Quijote fue místico; Sancho Panza realista. Cada quien amaba su trozo de vida; pero la historia de Cervantes, sabiamente, a los dos abarcó. Don Quijote no era idealista—España

tampoco lo ha sido—. El idealista piensa sus ideales; el místico los vive. Don Quijote fue místico; por eso luchó contra los molinos de viento. Al igual España; no ha sido idealista como Alemania, que acaricia sus ideales en la contemplación, sino mística que ha vivido sus sueños y con su sangre los ha plasmado en la realidad: reconquista, imperio, contrarreforma... El realismo de Sancho, como el de España, es de linaje superior; no es el utilitarismo de mercader de los ingleses, sino la comprensión exacta de la existencia. El realismo de Sancho se ennoblece porque sirve a su señor don Quijote. El realismo de España sirve al misticismo de España.

Y ahora se comprenderá por qué el Greco y Velázquez son símbolos del alma española. Su valor en el arte es grande, pero es mayor aún su valor simbólico. Uno y otro han encarnado a la perfección un aspecto del alma hispana: el Greco el misticismo; Velázquez el realismo. La contraposición que Cervantes, con su genio clarividente, supo ver, se repite en toda la historia de España, una y otra vez; así en las sinfonías el tema, como un eco, se anuncia con diferentes voces. Y es que la historia de cada pueblo es una sinfonía bordada en torno de uno o dos motivos. Y el conjunto de la historia es una grandiosa obra de arte que, día a día, va construyendo, silenciosa e incomprensiblemente, el misterioso impulso vital que alienta en el Universo.

# ARTE Y ORIGINALIDAD

P o r L U I S C A R D O Z A Y A R A G O N

*Fragmento del libro "La Nube y el Reloj" (estudio sobre los pintores Lago, Mérida, Tamayo, Castellanos, Alfaro Siqueiros, Rivera y Orozco), que en breve aparecerá en las ediciones de la Universidad Nacional.*

**BASTARIA** observar en un artista las preocupaciones por un arte nacional, para darnos cuenta de su poca seguridad y de su pueril temor de no ser original. Complejo de inferioridad. Ha ido quedando en México aquello que, precisamente, no sólo no se ha preocupado de dicho prurito, sino que ha luchado contra él.

Hablar mucho de nuestra tradición y de nuestra originalidad, de nuestro arte nacional, tratando de formarse una fe de la incredulidad manifiesta en la obsesión, es como querer hacer negocio con un defecto: el jorobado que vende billetes de lotería. Sin embargo, el jorobado nunca los compra.

Se quiere ser original cuando no se es.

México es un país sin joroba que lo han puesto a vender billetes de lotería, con una joroba artificial, rellena de "programas nacionalistas y revolucionarios".

Admirable creer a través de la duda y dudar de la certeza. Se vive hablando de nuestra tradi-

ción, oponiéndola a la cultura que la ha hecho hasta perdurar, cultura de la cual procedemos desde que nos incorporamos a la vida civilizada.

México, tartufisando sobre su falsedad, se creó una sinceridad de Tartufo. La pintura folklórica de México no es mexicana porque no es pintura.

Toda anécdota, toda descripción o relato, debe ser imagen plástica, hecho lírico. Tal es la perpetua actualidad de un Greco, de la pintura de las cavernas. El Greco, cuando narra, lo hace como el troglodita o como Góngora: provocando encantamientos, creando misterio en plena luz.

Es algo encantador pintar anécdotas. Los relatos bastarían para comprender el camino a seguir.

No hay bellos motivos en sí. Todo motivo no es más que un pretexto para realizar juegos poéticos de las formas. Y si antes eran un fin, ahora sólo son un medio. Diferencia entre retórica y poesía. Olvidemos los falsos poemas.

Un estilo mineral, preciso. Lo indispensable para crear lo inevitable, con rica y económica transparencia. Privilegio de la elegancia.

El arte es la suma total de los sentidos de la vida. No necesita ser ilustración de ninguna imagen particular de la vida. Su mismo interés vital está en relación directa con su perfección, ajeno a toda realidad circundante, independiente de ella.

Con excusa o pretexto de tornar a lo primitivo o a los Primitivos y Renacentistas, pretenden explicarnos no sólo su falta de capacidad creadora, sino hacernos explicable su falta de conciencia artística.

Mis simpatías en las obras poéticas poco tienen que ver con las ideas, con la ilustración de esa poesía; me enamora su forma, su ámbito y el respeto y amor para la poesía misma. No me molesta para nada la "literatura" de la pintura mexicana, como tampoco me molestaría el catolicismo, el sadismo de un gran pintor. Mas ya sabemos lo que vale—en todo campo intelectual o político—la "literatura" de esa obra.

En Giotto o en el Angélico no sólo vive el ideal católico; en Leonardo o Rafael o en Dürer, no sólo vive el ideal renacentista: el arte se da su contenido restituyéndose permanentemente a sí mismo.

El arte es regional en todas partes cuando es poesía. Siempre el arte es regional, aunque no lo querramos. ¡Ay! aun el arte es siempre regional.

La Dulcinea, para ser universal, era ante todo del Toboso. Un sueño y en el sueño los extremos nos tocan.

¿Para qué situar forzosamente una obra? Su

perfección la torna fácilmente transferible a tiempos y espacios diferentes.

Mi concepto de la poesía me hace imposible toda preocupación por lo local.

El testimonio de una auténtica sensibilidad nos interesará siempre, aunque aparentemente nada tenga que ver con el medio.

La producción actual de México representa el México en que vivimos. Nuestro "regionalismo" lo estamos haciendo de acuerdo con la época, aunque nos propusiésemos lo contrario. Como el regionalismo de los realistas o el "arte mexicano" de los artistas "revolucionarios", el arte nuestro es resultado de la realidad: de su aceptación o de su no aceptación. Las obras que aparentemente no encajan en el medio son aquellas que representan una época próxima para todos. Problema de cultura.

No se trata de llevar el arte a las masas, sino de llevar las masas hasta el arte.

Una poesía mental, irreal decimos, una pintura pura. Como el regionalismo de los nacionalistas, lo más abstracto nuestro es resultado de la realidad. En los trabajos más mentales, más abstractos, es donde somos verdaderamente: nos mostramos desnudos y transparentes, iluminados por dentro. El subconsciente, que a menudo no es sino el más consciente de nuestros estados, es dueño de nuestra sinceridad. En el suelo somos más nosotros mismos. Lo somos tanto que somos más de lo que somos. Los sueños son regionales en todas partes. Sobre todo ellos.

El artista que en México busca lo esencial es —para cierto medio—un "descastado". Para ese medio si no hay zarape y nopal, no hay arte en México.

Si la repercusión de algunas obras americanas es menor a la que alcanzan en otras partes obras inferiores, esto se debe al desnivel que existe entre obras tales y la mayoría de sus lectores.

Si excelentes artistas de Francia han puesto el superrealismo al servicio de la revolución es por el concepto que tienen de la poesía y de la revolución. Ninguna fuerza es más libertadora que la poesía. Poesía: arte de ser hereje; ortodoxia de la poesía.

Decía que la importancia de la pintura mexicana se ha exagerado en su significación universal, aunque no en su significación nacional. Es ya un gran resultado que puedan perdurar de este esfuerzo algunos óleos y algunos frescos y fragmentos de frescos. Se hace imprescindible, sin embargo, el paralelo—tácito panorama al fondo—con la mejor pintura de la época. La perfección

de ésta vuelve intolerable para nuestro gusto aquélla que no vive siquiera de las mismas exigencias. La poesía lo reclama. Pero, que los factores que le permiten realizarse a la pintura mexicana procedan de cultura ajena no debe ser pretexto para negarle originalidad. La cultura es de quien la tiene. Y si la pobreza del medio no consiente muchas veces el desarrollo pleno del talento y el talento se abandona a la repetición, a la copia, y es eco en vez de ser voz y fabrica en vez de crear, ésto no puede ser excusa, aunque sea plausible explicación de sus limitaciones. En arte no hay circunstancias atenuantes.

Cuadros anónimos, objetos de ningún valor asociados de manera inaudita que expresan de ese modo lo que hasta entonces era inexplicable, me interesan más que realizaciones acabadas y valiosas por ésta o aquélla circunstancia ajena a la única medida artística: la concreta realidad poética.

La poesía se manifiesta indiferentemente en el cielo o en el bote de la basura.

No sólo hay que pedir peras al olmo, sino estrellas y medallas, cúpulas y lámparas, peces y columnas, guantes y puñales, máscaras y hojas de afeitar...

Humildad incomparable de la poesía tan segura de sí que se abandona a su difícil facilidad, extraña a toda circunstancia lógica, como resultado de una inocencia extrema: reinventar el amor.

La suprema finalidad de la poesía es la creación del acto puro, absolutamente gratuito.

Actos eminentemente gratuitos que se confunden y superan las más puras formas de la reflexión. Mezcla de gratuidad y meditación, extremos en que el artista salta voltáicamente con sus facultades de ubicuidad y levitación, como los santos de leyendas, dando frutos, igual al olmo de los puñales y las lámparas, recordándose en la memoria prodigiosa de la naturaleza.

La caducidad de una obra se debe a sus elementos anti-poéticos.

El espíritu realista es resultado de una prosaica conformidad cobarde. Influencia de la letra y no del espíritu. La frase mejor confeccionada de Víctor Hugo parece precaria ante la desnudez sin sombra de una frase de Rimbaud.

Todos sabemos que no hay tal arte de vanguardia. Simplemente, algunos hombres que pueden marchar al paso de su época, nos dice Jean Cocteau. La mayor parte se deja pasar por ella, y los que viven en la época les parecen tener caractereres de monstruosidad. Los poetas hacen milagros. Los literatos son prestidigitadores.

Una obra es siempre diferente para cada aman-

te. Y aun para el mismo amante en el mismo momento. Esta relatividad nos aproxima flotando sobre el río de Heráclito, a la parcialidad de toda crítica que autoriza, en rigor, las propias contradicciones.

Mis preferencias se han formado a base de contradicción porque están de acuerdo, por un momento, con mi parcialidad. La única imparcialidad asequible es la del apasionamiento. "Para ser justo es necesario no ser humano".

La perpetuidad de una obra está en razón directa de su inexplicable. Por ello, una obra cuanto más se avecina a la perfección aparecerá a su creador como más imperfecta. La obra (significados siempre probables) no fue terminada, sino abandonada. Es sólo una tregua para empezar la misma lucha en otra obra que es la misma obra, porque es la misma lucha de siempre y el problema mismo, sin solución... y ya casi resuelto.

Todo es inesperado y permanente como el cielo. Nada más fantástico que la realidad.

Necesidad de una pureza absoluta: suprema moral. Arte: verdad del espíritu. El sueño es una posición ética de nuestro ser. Etica oposición, hermosa y alta "como el encuentro fortuito de una máquina de coser y de un paraguas sobre una mesa de disección".

En donde no hay milagro no hay poesía.

Seres y cosas están en el exilio, expulsados de un paraíso que les es debido y que les es propio: su ambiente natural en donde realmente viven y se realizan. Están cohibidos, como sin saber qué hacer, torpes y tartamudos por la inmensa nostalgia que les aflige del cielo que perdieron. La poesía les quita la muerte por sorpresa y les restituye al cielo de donde fueron exiliados. Y seres y cosas se animan con tanta naturalidad que nos parece insólita, rescatados por el artista, ese ser normal por excelencia, y devueltos a su propia vida.

Se me dice que mi punto de vista es el del poeta y no el del pintor. No necesita explicaciones ni defensa comentario semejante. Los críticos son para criticar; ese es su oficio. Y de sobra sabemos adónde les conduce tal presunción.

No sé adónde va el arte. Apenas si, lleno de inseguridades que me afirman ante mí mismo, comprendo a mi modo hacia dónde deseo encaminar mi esfuerzo. No tengo seguridad sino en mi duda y en mi ansia de comprometerme a hacer más de lo que puedo.

La poesía no se explica. Pero de todas estas dudas nace una certeza que me basta: la poesía es la única prueba concreta de la existencia del hombre.